

bo la mision que tenia que cumplir en aquellas lejanas tierras.

Esta mision se hacia cada dia más difícil.

Los soldados perdian la esperanza, los viveres escaseaban; sólo un milagro de la Providencia podia salvar á los españoles.



---

## Capitulo LXXIV.

---

La curandera.

Deseaba vivamente nuestro caudillo saber el estado en que se hallaban las cosas en Veracruz, porque este punto era de suma importancia para una retirada.

Al efecto escribió á Rodrigo Rangel, que capitaneaba aquellas fuerzas, y este valiente español despachó un emisario para que le enterase detalladamente de cuanto ocurría.

Apenas avisaron á Hernan Cortés su llegada, se apresuró á recibirle.

El soldado con el mayor respeto.

—Esta carta, señor, —le dijo, —me acredita cerca de vos como enviado de Rodrigo Rangel.

—A la verdad que me alegro infinito poder apre-

ciar una vez más la actividad, el celo, la lealtad que distinguen á vuestro jefe. Ahora dime en qué situación se encuentra Veracruz, y si los soldados se hallan bien asistidos.

—Allí reina una completa tranquilidad. Todos hemos procurado estrechar la buena amistad con que nos han brindado los zempoales, totonaques y demás naciones confederadas; así es que continúan prestándonos su apoyo, y de nada careceremos.

—¿Es decir, que por esa parte nada tenemos que temer?

—Yo no sé qué contestaros. Ocho soldados y un cabo que salieron con dirección á esta provincia, no han vuelto. Por lo que hemos podido comprender, los indios dicen que los han muerto en la provincia de Tepeaca.

Esta noticia alarmó al ilustre conquistador.

Despidió al emisario, porque le era indispensable averiguar cuanto antes lo que habia ocurrido, y no tardó en saber por los tlascaltecas, sus amigos, que era cierta aquella fatal noticia.

Supo también que á la provincia de Tepeaca habian llegado algunos mejicanos, y como podian dificultar su paso para Veracruz, trató de excitar á los tlascaltecas sus aliados para que le ayudasen á destruir aquel obstáculo.

El senado vacilaba en acceder á las súplicas de Hernan Cortés; pero una circunstancia favorable á este vino á inclinar en su favor á aquellos altos dignatarios.

Los desmanes que habian cometido algunos de los soldados mejicanos apostados en la frontera, causaron secundar los planes de Cortés para castigar las ofensas que les habian inferido al penetrar en su territorio.

¿A quién obedecian aquellos mejicanos que se unian á los tepeaqueques para dificultar el paso de los españoles?

Van á saberlo nuestros lectores.

El cacique Hijuilho habia recibido una inesperada visita de Litzajaya.

La ambiciosa india aspiraba á ocupar el trono de Méjico, casándose con el príncipe de Iztacpalapa, y este la habia ofrecido que accederia á su proyecto si conseguia antes exterminar á los españoles.

Litzajaya vió la posibilidad de cortarles la retirada por Tepeaca y Zempoala, y con este objeto fué á ver á Hijuilho.

—Traigo para vos una mision importante,—le dijo;—el príncipe de Iztacpalapa, el sucesor de Motezuma, el emperador de Méjico, me autoriza para que pongais á mi disposicion toda la gente que se pueda reunir en este territorio.

—¿Con qué objeto?

—Con el de exterminar á los extranjeros.

—¿Y sois vos quien vá á realizar esa empresa?—dijo con desconfianza el cacique.

—¿Acaso no me creéis con valor suficiente para ponerme al frente de las tropas y morir peleando en defensa de la pátria.

Además, no es el sentimiento de la independencia el que me alienta en estos momentos, es el deseo de vengarme de los de Panuco. Yo era reina allí; me han destronado, y el actual soberano de Méjico me ha ofrecido su mano si consigo destruir á los extranjeros.

Litzajaya notaba que Hijuilho apenas prestaba atención en sus palabras.

Sin poder adivinar la causa de su distracción, atribuyéndola á desprecio, le preguntó ardiendo en ira:

—¿Quereis decirme la causa de ese desvío, de esa indiferencia en estos momentos solemnes, cuando se trata de la salvación de la patria?

—¡Ah! No me juzgueis tan ligeramente. Es que el dolor se ha apoderado de mi corazón, y ante la gran desgracia que pesa sobre mí, todo cuanto pueda suceder no aumentará mis penas.

—¿Qué decís?

—Mi hija Afhaibina se halla postrada en el lecho, y toda la ciencia de los más sábios no ha conseguido detener los progresos de su enfermedad.

—Yo te prometo, si accedes á lo que te he indicado, devolver la salud á tu hija.

—¡No me engañes! Los dioses no podrían perdonarte jamás que te gozases en el tormento de un padre desgraciado.

—Te juro solemnemente que dentro de breves días tu hija estará completamente restablecida. Yo conozco la virtud de todas las yerbas y flores, desde el cem-

poalxochith (1) hasta el xochithpoalhi (2); y cuantos enfermos he asistido hasta ahora, todos han recobrado su salud.

—Que yo no pierda á mi hija, y pídemme en cambio cuantos quieras, aunque sea mi propia vida.

Litzajaya se dedicó con el mayor esmero á cumplir lo prometido.

A la postración en que se hallaba Afhaibina sucedió una mejoría notable.

Su demacrado semblante fué llenándose poco á poco.

Sus ojos, amortiguados, tristes, recobraron la viveza, la expresión, la fogosidad de otras veces.

Su semblante empezaba á recobrar su alegría habitual, y todo hacia prever que la convalecencia sería corta y feliz.

La bella enferma, que apenas tendría quince años, dirigía cariñosas miradas á Litzajaya, y en ellas le revelaba la gratitud que sentía por los cuidados que le había prodigado.

Era verdaderamente asombroso que una enfermedad calificada por todos de incurable, hubiera cedido tan pronto á las prescripciones de Litzajaya.

Cuando el cacique la estrechó en sus brazos, su satisfacción fué inmensa.

—¿Con qué podré pagarte,—dijo á Litzajaya,—el bien que nos has hecho?

(1) Flor de los muertos.

(2) Flor de la vida, ó de la salud.

—Con cumplir lo ofrecido. Avisa á tus guerreros, ponlos á mis órdenes, y pronto los españoles hallarán un poderoso baluarte en los pechos de nuestros hermanos, que les obligará á detenerse en su marcha; pronto Tepeaca y Zempoala caerán sobre los invasores y castigarán los desastres que nos han causado.

El cacique obedeció.

---

## Capítulo LXXV.

---

Actitud del senado de Tlascala.

Cuando Cortés se disponía á salir á castigar á los que se atrevían á traspasar la frontera y á hostilizar á los moradores de la ciudad en donde era objeto de tantas simpatías, le avisaron la llegada de tres embajadores, que en nombre del emperador de Méjico venían á conferenciar con el senado.

Reunióse este, y como era natural, asistió también Cortés.

—Yo creo,—decía uno de los senadores,—que debemos negarnos á recibir á esos enviados. La conducta observada por el emperador de Méjico nos releva de toda consideracion.

—Soy de la misma opinion,—añadió otro.—Ade-

más, no es posible pactar con los que tan pronto han olvidado sus deberes, y vienen á hostilizarnos á nuestro mismo territorio.

—¿Quién sabe si proyectan tendernos algun lazo?—prosiguió un terceró.

—De cualquier modo,—dijo un anciano á quien todos respetaban por la profundidad de sus conocimientos, por el tacto con que se conducia en los momentos más solemnes,—no debemos negarnos á recibir á esos embajadores. Oigámoslas, estemos prevenidos para cualquier sorpresa, y si en sus proposiciones descubrimos alguna amenaza encubierta, el valoroso Hernan Cortés que se halla á nuestro lado, nuestro poderoso amigo y aliado, se pondrá al frente del ejército, y la osadía de los mejicanos sufrirá el castigo merecido.

Hernan Cortés aplaudió con entusiasmo la determinacion del anciano.

Sus palabras hallaron eco en todos los corazones, y á su prestigio se debió principalmente el que accedieran á recibir la embajada los que con tanta obstinacion se negaron al principio.

Terminado el consejo, se envió orden á los embajadores, manifestándoles que el Senado se disponia á recibirlos.

Hicieron su entrada con grande aparato y gravedad.

Iban delante los tamenes cargados con ricos presentes.

Consistian estos en adornos y joyas de oro y plata.

Tambien llevaban ropas finas y preciosos penachos.

Toda la comitiva llevaba unas insignias que significaban la paz.

El acompañamiento de criados y servidores de todas clases era numeroso.

El senado, reunido en pleno, esperó en el tribunal la llegada de los embajadores.

Aunque los senadores habian rogado á Cortés que asistiese á aquella ceremonia, se negó, pretextando que queria dejarles obrar con la mayor independencia.

Estaba seguro de la lealtad de los tlascaltecas, y comprendia que le participarian cuanto ocurriera en aquella entrevista.

Los embajadores se presentaron en el tribunal.

Despues de saludar respetuosamente:

—Venimos,—dijo uno de ellos,—en nombre del príncipe de Iztacpalapa, del emperador de Méjico, nuestro soberano, á ofreceros de su parte paz y alianza perpétua. Tiempo es ya de que cesen entre nosotros esas terribles luchas, en las que se ha deramado la sangre generosa de nuestros hermanos.

—Tambien nosotros pedimos á los dioses que cesan esas guerras fratricidas.

—Es tambien el deseo del poderoso monarca que nos envia, establecer la libertad de comercio para ambas naciones, y no se ocultará á nuestra ilustracion las ventajas que esta medida ha de proporcionarlos á todos.

—¿Y bajo qué condiciones se ha de celebrar esa

paz que proponéis?—preguntó uno de los senadores.

—Con la de unirnos todos para destruir por la astucia ó por la fuerza á esos miserables extranjeros.

Un murmullo de indignacion acogió estas palabras.

El que las pronunció, haciendo caso omiso de aquella protesta, continuó:

—Aun recordamos con dolor los excesos que han cometido los invasores. Nuestras hijas han sido víctimas de la lascivia de los soldados; nuestros ídolos han sido hechos pedazos; han profanado nuestros templos, y la ambicion de esos aventureros rapaces les ha hecho cometer mil crímenes, mil iniquidades para apoderarse de nuestros tesoros.

Rasgad el velo que ciega vuestra razon, considerad esa falsa amistad de los extranjeros en su verdadero valor, y convenceos, antes que los desengaños os hagan sentir las consecuencias de vuestra credulidad, de que la proteccion de unos extranjeros no puede ser leal, de que abrigan propósitos de conquista que sembrarán el luto y la desolacion en estas comarcas.

—Mengua seria en nosotros acceder á tan infames proposiciones. Nunca lanzaremos nuestros guerreros contra el jefe glorioso, cuya leal amistad apreciamos cada dia más. Retiraos, porque necesitamos deliberar acerca de lo que conviene á la república. Pronto sabreis la resolucion que hemos adoptado para que la comuniquéis al monarca que os envia.

Los embajadores abandonaron la estancia.

El senado se constituyó en sesion secreta.

—Es imposible acceder á lo que propone el príncipe de Iztacpalapa. Los españoles no nos perdonarian jamás esta traicion.

—Por nada del mundo debemos faltar á la fé jurada á nuestros aliados.

—¿Qué pensarían de los que tan villanamente faltaban á las leyes del hospedaje?

—Que las bases de la paz sean razonables, que no sean atentatorias al buen nombre de ninguna de las dos naciones contratantes, y entonces seremos los primeros en aceptarlas.

—Lo mejor que puede hacerse es enviar tres individuos de este cuerpo, haciéndoles conocer nuestro acuerdo.

Todos aprobaron esta determinacion.

Procedióse en seguida á la eleccion de los que habian de componer la embajada.

Una vez designados, se les recomendó eficazmente la mayor cortesía para llevar á cabo aquella mision.

Los funcionarios encargados del mensaje del senado partieron.

Al llegar al alojamiento designado á los embajadores del emperador de Méjico, no hallaron á ninguno de ellos.

Preguntaron á los servidores que habian puesto á sus órdenes, y supieron que los enviados del príncipe de Iztacpalapa, al ver la mala acogida que habian te-

nido en el senado, abandonaron la ciudad inmediatamente que terminó el consejo.

Añadieron que no habian creido conveniente detenerlos, porque habia corrido la voz en Tlascala de que venian contra los españoles, y temieron algun movimiento popular que atropellase las prerogativas de su ministerio y destruyese los propósitos del senado.

---

## Capitulo LXXVI.

---

Una ceremonia imponente.

Xicotencal el jóven, que como senador habia asistido al consejo celebrado en Tlascala, guardó el mayor silencio y se dejó llevar de la opinion general.

Sin duda temia la indignacion de sus compañeros.

Cuando terminó aquella reunion, volvió á su casa.

El disgusto se pintaba en su semblante.

De cuando en cuando prorumpia en imprecaciones, y su furor, en vez de calmarse, cada vez tomaba mayores proporciones.

Su padre y su esposa le preguntaron la causa de su agitacion.

—La cólera me ciega,—exclamó.—En este momento acaba de llegar una embajada del emperador de Méjico proponiéndonos la paz.

—¿Y eso te inquieta?—preguntó su esposa Amai-